

## Parte II

### EL ENCUENTRO CON LO INNOMBRABLE



## CAPÍTULO V.

**CULTURALIZACIÓN DE LO NATURAL Y NATURALIZACIÓN DE LO CULTURAL**

¿La naturaleza de la mujer? Simone de Beauvoir escribió en 1972: “*One is not born, but rather becomes, a woman*” (MacDonald 188). Donna Haraway a su vez argumentó que el ‘sexo’ y la ‘biología’ eran categorías inertes construidas por la cultura, como respuesta a la dicotomía entre los sexos, fundamentada en el supuesto de que el género puede ser ubicado perfectamente dentro del ‘sexo’ biológico (190). Lo que Haraway quería subrayar era que las culturas moldean nuestras creencias, sus paradigmas y conceptos predefinidos, como el contenido del concepto ‘género’, que son establecidos como algo incuestionable y eterno y transmitidos a nosotros a través de nuestra cultura. Los paradigmas han sido construidos por aquellos que han tenido el poder y estas reglas y leyes, que generalmente han señalado a la mujer como un ser inferior, han sido transmitidas a las futuras generaciones curiosamente por las mismas mujeres a través de la educación dentro de la esfera doméstica<sup>130</sup> (Ansaldúa 16). Los hombres parecen haber tenido siempre ‘autoridad’ sobre las mujeres, aún en las sociedades donde las mujeres han tenido un gran poder o influencia. Sin embargo, este poder femenino nunca ha sido legitimado por la cultura por haber sido considerado como manipulativo, perturbador, ilegítimo o carente de importancia (Nicholson 144, 145); un poder que podía poner en peligro el orden patriarcal.

Los seres humanos siempre han temido a lo sobrenatural, sea esto divino o demoniaco y la cultura y la religión han tenido la tarea de protegernos de estas dos fuerzas. La mujer, por su poder inexplicable de crear entidades vivas de carne y hueso en su vientre, por su capacidad de vivir entonada con los ciclos de la naturaleza incontrolable, ha sido una de estas fuerzas de las cuales había que protegerse. Por su relación con la naturaleza y con lo profundamente carnal la

mayoría de las religiones han visto a la mujer como algo animal y salvaje; la mujer ha sido un extraño y la representación de las pesadillas más profundas del hombre, de su alter-ego y de la bestia en su interior (Ansaldúa 54); un misterio de lo más incomprensible para la mente racional.

Como ya he mencionado en la primera parte de este trabajo (Cap.II 70- 75), la cultura Occidental enclaustró a las mujeres dentro de la esfera doméstica y bajo el control masculino, mientras el hombre podía dedicarse a actividades extradomésticas, políticas y militares. Así, los hombres contaban con la libertad de formar asociaciones más extensas llamadas ‘sociedades’, que establecieron sus sistemas universales de orden, significado y compromiso. Por ello, nuestro razonamiento cultural Occidental considera a los hombres los propietarios naturales de la religión, del ritual, de la política y de otros ámbitos de pensamiento y de acción cultural en que es necesario hacer declaraciones universalistas de síntesis espiritual y social (Nicholson 147, 148). Nancy Chodorow confirma en su “Being and Doing: A Crosscultural Examination of the Socialization of Males and Females” (1971) lo anteriormente dicho: “Las mujeres efectúan las conversiones de bajo nivel de la naturaleza de la cultura, pero cuando la cultura distingue en un nivel superior de las mismas funciones, este nivel superior está limitado a los hombres” (en Nicholson 148).

Definir con exactitud el por qué la posición generalizada de lo masculino como algo jerárquicamente superior, es una tarea difícil. Para Nancy Chodorow, lo anterior es una consecuencia de un tejido complejo entre elementos y dinámicas culturales y sociales propias de cada contexto. Para ella, una red multiforme de relaciones culturales, de dinámicas, prácticas, identidades y de creencias es la que define el ‘género’ como un fenómeno social, cultural y psicológico. Así, la comprensión feminista de la inequidad sexual no únicamente se basa en relaciones jerárquicas, en la dominación o desigualdad o en conceptos del patriarcado, sino que

considera al ‘género’ y a la ‘sexualidad’ como fenómenos muy fragmentados (Chodorow 5). El ‘género’ femenino o el ‘ser mujer’ es un concepto multidimensional que se constituye de muchas locaciones y múltiples identidades, muchas veces contradictorias, formando una red compleja de identidades sociales, psicológicas y culturales que se manifiestan en un universo muy diverso de relatos de situaciones y vidas femeninas. La multidimensionalidad de la red de experiencias femeninas incluye también varios ejes de poder y de falta de poder, no todos patriarcales, así como dimensiones de género que no tienen nada que ver con el poder (5-8). Nancy Chodorow enfatiza que la identidad humana de las mujeres debe ser renegociada, recreada y diferenciada durante toda la vida a través de las conexiones y separaciones interpersonales, así como a través de la negociación de la ‘ocupación’ de los intersticios que quedan entre personas y grupos. Estas transacciones interpersonales dan profundidad a la experiencia humana y la enriquecen, ya que incluyen ecos del pasado y de sus constructos culturales y sociales. Según Margaret Mahler<sup>131</sup>, teórica británica, estos intersticios son la fuente principal de la sensación humana de una lucha eterna contra la fusión y el aislamiento (10).

Lo mencionado por Chodorow refuerza la idea de Rita Felski, mencionada en la primera parte de esta tesis, de que es imposible definir a la ‘mujer’ como un simple ‘Otro’ diferente, ya que lo femenino es un fenómeno altamente heterogéneo (Felski 2000: 120- 123). La mujer, el cuerpo y las experiencias del ‘yo’ femenino conducen a estudiar la vida cotidiana, la esfera doméstica y los intersticios entre lo privado y lo público, como locaciones de la agencia femenina y de su potencialidad (77-79). Las feministas han afirmado que el hecho de separar la familia del trabajo y lo personal de lo político, es oscurecer la existencia común de una dinámica de poder que existe en ambos. Pensar en la familia y en la esfera doméstica como la esfera separada y apartada del mundo del trabajo, es ignorar las formas en que la dinámica social de las

dos esferas afecta a ambas. Para Linda Nicholson el modelo de esferas separadas deforma la realidad y es una simple construcción ideológica parecida a las nociones de ‘varón’ y ‘hembra’. Muchas interpretaciones contemporáneas de la separación entre lo doméstico y lo público, entre la familia y el Estado, el hogar y el trabajo siguen considerando naturales estas divisiones (Nicholson 177, 178), mientras deberíamos concentrarnos a estudiar los múltiples intersticios y zonas yuxtapuestas entre los mencionados ‘extremos’.

### **La ‘mujer’ que no existe**

Según Homi Bhabha, los grupos de los ‘Otros’ deben desequilibrar la influencia Occidental en los foros culturales, en la presencia pública y en el discurso teórico, como también en el área del mercado comercial. Las nuevas posturas deben demoler las barreras entre lo teórico y lo práctico, aceptando que ni la crítica teórica ni el canon contienen toda la verdad. La nueva crítica y la nueva cultura deben vencer las viejas dicotomías de tal forma que la posición originalmente opuesta entre lo privado y lo público entre otras, pueda detonar una negociación entre las instancias contradictorias y antagónicas generando espacios híbridos de oportunidades. De esta forma, las polaridades negativas entre la razón teórica y la razón práctica son destruidas. No hay una sola verdad, ni una sola jerarquía fija de valores, ya que los valores se transforman a través de la rearticulación y de nuevas interpretaciones, de tal forma que nace una gran variedad de respuestas que son la contestación a la condición de una diversidad de grupos y de necesidades (Bhabha 37- 46). Es justamente la dicotomía convencional entre la teoría y la práctica que coloca al conocimiento como una totalidad superior (masculina) y a la experiencia subjetiva de la vida diaria como algo inferior y como una falsa conciencia (femenina). Según Bhabha, esto es justamente lo que hay que erradicar. Como consecuencia, todo lo que puede ser considerado

como ‘Otro’ por la concepción de la teoría y crítica cultural Occidental, pierde su poder de significación y de establecer discursos institucionales propios (44- 46). Bhabha dice: “*Cultural difference is a process of signification through which statements of culture differentiate, discriminate and authorize the production of fields of force, reference, applicability and capacity*” (50). Pero, ¿qué es exactamente ‘lo femenino’ dicotómico que debemos erradicar para lograr la destrucción de polaridades negativas y el aprovechamiento de los nuevos intersticios mencionados por Homi Bhabha?

El concepto moderno del ‘Otro femenino’ y la dicotomía moderna entre la mujer y el hombre se fundamentó en las teorías psicoanalíticas de Sigmund Freud<sup>132</sup>. Siendo abiertamente misógino, Freud dio el marco psicológico para un constructo llamado ‘mujer’, que sirvió para justificar su marginación de la vida productiva y su aislamiento en la esfera doméstica (André 21, 22). Freud destacó, que para los hombres como seres hablantes, la muerte tenía una importancia fundamental; la muerte niega el discurso, es un silencio absoluto que no permite emitir una palabra. De esta manera, la feminidad siempre relacionada con la muerte, no podía englobar un elemento tan central como el discurso. Como conclusión, el sexo femenino era como “un agujero en el discurso, como una laguna en el tejido significante”<sup>133</sup> (57-62). Con esto, Freud quería combatir el aumento de la influencia de la feminidad sobre el hombre y obligarla a someterse bajo una ley universal (71). Para Freud la mujer no tenía una identificación propiamente femenina sino estaba reducida a un objeto de consumo entregado a la perversión del macho. Según Freud, era por ello la insistencia de toda mujer por encontrar una identidad femenina como escapatoria de su inexistencia discursiva. De allí, la atención exagerada de la mujer en su imagen corporal, que no era más que una máscara y una imagen de un ser femenino hipotético que ocultaba un vacío. La máscara tenía como propósito sugerir una presencia

femenina misteriosa atractiva, pero que en la realidad era siempre falsa y una simple ilusión óptica (112- 115). Y, ¿qué sucedió con el cuerpo de la mujer? Según Freud, el cuerpo ‘femenino’ se define por estar fuera del saber (135). Por consiguiente y como lo explicó Lacan en 1951<sup>134</sup>, “el destino femenino no tiene otra vía que la de aceptarse como objeto del deseo masculino” (147). El cristianismo le ha dado solución a este problema de lo ‘femenino’, haciendo de la mujer un objeto divino de deseo. Como la identidad propiamente ‘femenina’ no existe, Lacan dedujo que la mujer tampoco existe (216). La construcción de esta figura psicoanalítica de la mujer la dejó vacía de toda especificación. La mujer era, fundamentalmente, un cuerpo y mientras la mujer era un cuerpo, el hombre tenía un cuerpo<sup>135</sup> (228).

Analizando la teoría psicoanalítica desde la óptica contemporánea, Joan Copjek reconoce que el ser femenino es un ‘ser múltiple’ o de múltiples aspectos. Ella cuestiona el concepto de la máscara de la feminidad como una semblanza o aspecto que oculta a un vacío, y sugiere que la máscara en realidad cubre al ser que está debajo, pero que no quiere ser visto (Copjek 114, 117). El psicoanálisis clásico definió que los hombres y las mujeres eran diferentes desde sus características básicas de la personalidad y estas características fueron consideradas como opuestas. Una persona manifestaba características femeninas a través de la falta de competitividad, agresividad e independencia y a través del calor humano, crianza y pasividad. En los términos de la conducta, cualquier cosa que una mujer hacía, el hombre no podía hacerla y viceversa. Las características consideradas masculinas tenían un valor social mayor que aquellas consideradas femeninas, construyendo así el sistema moderno de géneros dicotómicos. Los investigadores de la segunda mitad del siglo XX como Copjek, empezaron a cuestionar si la feminidad y la masculinidad eran un simple sistema de opuestos o acaso eran dos dimensiones independientes. Según esta perspectiva, las características femeninas y masculinas de la

personalidad pueden aparecer separadas, pero también sobrepuestas (Paludi 73, 74). Así, la mujer no únicamente existe, sino se extiende e invade espacios en todas las dimensiones del ser.

### **El constructo contemporáneo llamado ‘mujer’**

Los estudios contemporáneos de antropología social de Shirley Ardener han explorado los modos de expresión de las personas y de los grupos, y cómo estos han sido generados por las estructuras dominantes de la sociedad. Según ella, en cualquier situación únicamente la ‘voz’ del grupo dominante es ‘escuchada’, y en el caso que los demás grupos deseen comunicar sus ideas y ser ‘escuchados’, deben expresarse en términos del grupo dominante. Si el grupo subordinado no logra o no quiere seguir este patrón de comunicación, la interpretación común es que no tiene nada que decir, que es un grupo mudo y como tal, queda al margen en la consciencia del grupo dominante. Contradiendo las ideas de la temprana teoría psicoanalítica que consideraban a las mujeres ‘inexistentes’ por falta de discurso, Ardener observa que el silencio de las mujeres no necesariamente significa que sean mudas o que no tengan nada que decir, sino que utilizan un lenguaje no hegemónico<sup>136</sup> (Ardener 1993: 8,9), por lo cual no han sido escuchadas.

El estudio de las mujeres en este contexto es interesante, ya que las investigaciones han demostrado que ellas tienen una mayor fluidez verbal que los hombres y, simultáneamente, una evidente incapacidad de expresar sus ideas y pensamientos en público de manera adecuada y en formas y lugares hegemónicos. F. Newcombe y G. Radcliffe observan en su *The Female Brain. A Neuropsychological Viewpoint* (1978) que el desempeño intelectual de las niñas depende de la manera que son criadas y educadas. El contacto con adultos del mismo sexo, como señalaré más adelante, influye en la adopción de cierto tipo de modelos y rechazo de otros. Ardener sugiere, que quizás la mayor fluencia lingüística de las niñas es el resultado de que ellas, así como sus



modelos de mujeres adultas, dependen de su habilidad lingüística para alcanzar sus metas, mientras que los hombres pueden alcanzar las suyas sin la necesidad del lenguaje. Lo que es evidente, es la manera en que la sociedad no ha sabido aprovechar la habilidad verbal de las mujeres por no entender sus modos propios de expresión: ellas raramente aparecen como oradores en un evento o en contextos públicos y laborales. Ardener sugiere que la cultura hegemónica inclusive puede percibir la superioridad verbal de las mujeres como un peligro que hay que eliminar, porque la habilidad lingüística se puede rápidamente convertir en un elemento de poder cultural<sup>137</sup> (9-13).

En la socialización de lo natural, las culturas seleccionan varios elementos del cuerpo humano o de sus procesos como significativos, y toman estos rasgos para generar patrones que sirven para clasificar personas. En la vida diaria, el sexo no se define a través de características fisiológicas o biológicas, sino como el sexo ‘construido’ a través de cierto tipo de conductas e identidades. Las sociedades han tomado los rasgos biológicos como el punto determinante en su sistema de ideas y de acciones, y los depositan en forma de significados cotidianos. Como lo demuestra Sherry Ortner en su ensayo “Is Female to Male as Nature to Culture?” (1974), los roles sociales y las estructuras que surgen de estos, son universalmente percibidos como productos de la naturaleza y no lo que son realmente, son productos de la cultura. La consecuencia de esta interpretación de las estructuras de la sociedad como reflejo de un orden natural, ha sido la base de la devaluación universal de la mujer, por lo cual varios investigadores<sup>138</sup> proponen reubicar el estudio contemporáneo de lo femenino dentro del marco de lo analítico, lo relacional y lo contextual. En este contexto Occidental, esto significa tomar como punto central el concepto de la personalidad y del valor personal basado en la expresión de la subjetividad en la esfera pública, en el trabajo y en la vida política y cultural. Es más que

obvio que en este contexto la mujer enclaustrada en lo cotidiano, generalmente ha quedado en el papel de dominada y en situación de invisibilidad (MacDonald 191- 194).

Los estudios de Margaret Mead<sup>139</sup> han descubierto que los roles de género de los adultos reflejan expectativas convencionales de una sociedad. Es frecuente, que la educación inicial de ambos sexos refuerce más características consideradas femeninas (afectividad y cuidado) y que, los varoncitos posteriormente deben pasar por diferentes tipos de ceremonias de iniciación para desprenderse de experiencias consideradas femeninas y para orientarse hacia lo que es considerado masculino. Herbert Barry, Irving Child y Margaret Bacon<sup>140</sup> observan que las culturas suelen reforzar conductas femeninas y masculinas de diferentes maneras dependiendo de su modelo económico y que, las economías que requieren un alto grado de competitividad, aprecian la valentía y la innovación, consideradas características masculinas<sup>141</sup> (Chodorow 23-27). Según Barry, Child y Bacon así como Nancy Chodorow, las niñas tienen el ejemplo de la feminidad en su madre. Este modelo de mujer está presente toda su vida, mientras que los varones deben romper con este modelo para buscar ejemplos masculinos en hombres adultos. En otras palabras, ambos sexos aprenden conductas complacientes y cuidadoras de sus madres, pero los varones tienen que aprender también conductas competitivas y assertivas de corte masculino, mientras las niñas son estimuladas a reforzar conductas del modelo materno. Como consecuencia, la conducta ‘femenina’ está relacionada con el aprendizaje de un rol y es reforzada por presiones sociales que enfatizan la obediencia y la responsabilidad (29), mientras el varón tiene que negar su identificación natural con la persona más cercana a él y de la cual depende, la madre, ya que según los valores culturales mantener esta dependencia sería antinatural y contra su identidad masculina. Parecería entonces, según Chodorow, que el proceso de desarrollo de la identidad femenina no es tan difícil como el proceso de desarrollo de la masculinidad del niño.

Todas las actividades de la madre en torno al hogar son fácilmente comprensibles para la niña, y así su socialización tiene mucho menos conflictos, irregularidades y es más continua que la socialización de los varones. Como consecuencia, las mujeres y las niñas ‘son’, mientras que los hombres y los niños ‘se hacen’; la identidad femenina está presente desde el principio de manera natural, mientras la identidad masculina debe ser alcanzada, construida y mantenida. La performatividad femenina se manifiesta a través de un simple ‘existir’, mientras lo masculino debe ser logrado a través de acciones propias. Además, según Margaret Mead, la masculinidad nunca es conquistada de manera definitiva, sino debe ser reconquistada psicológicamente y culturalmente una y otra vez; el estatus depende entonces, básicamente del éxito del hombre en el mundo laboral o en la esfera pública (33).

El esfuerzo continuo del hombre para reconquistar su masculinidad a través de ‘hacerse’ se convierte en la trascendencia de lo masculino: los hombres son artistas, creadores y...arquitectos. Ellos tienen que arriesgar su vida y su prestigio para realizar sus proyectos. En realidad, la inclinación natural de una niña también podría encaminarse a ‘hacerse’, pero el contexto la enseña ‘a ser’ un objeto, restringirse a la pura esfera de inmanencia. El ‘destino’ de la mujer es ser dominada, realizando lo repetitivo; el hombre puede escoger su destino. Así, según Chodorow, para que los niños de ambos sexos logren la independencia, que aprendan a tomar sus propias decisiones y que puedan divergir de los modelos convencionales de crianza, deben consciente o inconscientemente rechazar el modelo materno. Culturalmente y desde la óptica de la reconquista de la masculinidad, es importante para los hombres que los atributos del poder y del prestigio sean masculinos y que cualquier actividad realizada por ellos sea percibida como una actividad masculina y de gran valor y prestigio. Como consecuencia, la misma actividad realizada por una mujer no puede tener el mismo valor que cuando es realizada por un hombre, o

si lo hace el resultado no tiene la misma calidad; el valor del ejercicio del poder político o del trabajo creativo o artístico es devaluado, cuando el autor es una mujer<sup>142</sup> (34, 35). La sociedad percibe que es peligroso que la zona de estatus masculino sea invadida por una mujer. Para combatir este peligro, aquellas mujeres que decidieran dedicarse al ‘hacer’ en lugar del ‘ser’, deben mantenerse en los nichos específicos reservados para ellas<sup>143</sup>. Para Nancy Chodorow nuestras experiencias de ser mujer u hombre se ubican en una gran profundidad de nuestro mente. Se relacionan con nuestro pasado individual, con las estructuras más profundas de nuestro inconsciente y con las relaciones y sucesos emocionalmente más significativos de nuestra vida diaria. Las identidades de las mujeres y de los hombres suelen ser construidas de maneras diferentes; las de las mujeres en relación con constantes negociaciones de los límites del ‘yo’ y con las experiencias de la conectividad y separación entre personas. Las identidades masculinas, según Chodorow, se basan más en distancias interpersonales claramente definidas, así como en límites inmovibles del ‘yo’ que hacen más difícil generar conexiones complejas de muchos niveles entre el ‘yo’ y otras personas (Chodorow 2).

Chodorow propone en términos psicoanalíticos que en cualquier sociedad las mujeres son menos individualizadas que los hombres, y que su ego y los límites de su ‘yo’ son más flexibles y permeables (45, 46, 54). De esta forma, la personalidad femenina está preocupada por lo ‘comunal’, mientras la personalidad masculina lo está por la ‘agencia’. Para Rae Carlson<sup>144</sup> la ‘agencia’ masculina se manifiesta en la manera de protegerse y de ser competitivo, expandiendo su campo de influencia, mientras lo ‘comunal’ femenino se manifiesta como un deseo de ser absorbido por otros organismos, formar una comunión. La ‘agencia’ masculina se manifiesta en deseos de aislarse y ser autónomo, y la ‘comunión’ femenina busca contactos, apertura y unión. La ‘agencia’ desea dominar, ‘la comunión’, cooperar voluntariamente. La ‘agencia’ busca

unificar pensamientos y reprimir sentimientos e impulsos, mientras el sentido profundo de la ‘comunidad’ propone abolir toda restricción y represión. Como conclusión, Carlson observa que los hombres tienen experiencias individuales, objetivas y distantes de su propia persona, de los demás, del espacio y del tiempo, mientras las mujeres adquieren sus experiencias de manera interpersonal, subjetiva e inmediata (56); los hombres observan la vida desde una ‘distancia crítica’; las mujeres están inmersas en las experiencias y en las vivencias.

### **Las conductas de los ‘cuerpos volátiles’**

La ‘feminidad’ se manifiesta a través de conductas que permiten expresiones de emociones que sirven para ofrecer confort para otros, generalmente para la propia familia. La manera más eficiente de comprobar que ella es una verdadera mujer, es poner las necesidades de los otros delante de los propios, ser atractiva y afectiva. Se requiere de una autoregulación para bloquear cualquier impulso que pueda generar incomodidad en otras personas o que parezca ser una expresión egoísta de deseos propios. El miedo de la pérdida de auto-control y de caer en situaciones vergonzosas, es algo frecuente en las mujeres. El temor de ellas es que una vez que demuestran lo que realmente sienten o que hacen lo que realmente quieren, no podrán regresar a su estado usual del auto-negación disciplinada, a esta imagen impuesta por el constructo cultural de lo femenino. Ellas sienten, que fracasar en controlarse predice nuevos fracasos. En realidad, los estándares femeninos de conducta son muchas veces irreales, ya que nuestra cultura Occidental nos ha hecho pensar que únicamente las conductas relacionadas con la ‘agencia’ masculina antes mencionada, nos llevarán al éxito. La antropóloga Emily Martin<sup>145</sup> ha sugerido, que nuestra admiración por el concepto moderno de la ‘máquina bien lubricada’ es responsable de la creencia común entre las mujeres que ellas deben ejercer un estricto auto-control para poder

sentir y comportarse según lo que establecen los estándares de conducta. También nuestra cultura da un gran valor al orden y a la estabilidad, por lo cual conceptos como moldeabilidad, rítmicidad y emocionalidad son considerados como características no sanas, y no adecuadas para alguien en búsqueda de sobresalir en un ámbito público o laboral, como aquel de la arquitectura. La masculinidad relacionada con el ‘hacer’, que implica bravura y fuerza física, es concebida como la clave del éxito material<sup>146</sup>. La autoregulación requerida para lograr esta meta incluye el control de temores y de dudas que pueden impedir ‘actos heroicos’, porque hay que tener la capacidad de jugar o disciplinarse para alcanzar logros importantes en el medio laboral. (Chrisler 2, 3). Lo afectivo y la insuficiente capacidad de controlar los temores, los impulsos y los sentimientos no conducen a un ‘hacer’ exitoso.

La cultura popular ha influido también en el perfil de la mujer ideal, promoviendo todos los días imágenes de madres siempre felices, calmadas y competentes. Existe un total silencio cultural y social acerca del estrés provocado por la maternidad, causado por las expectativas de ser siempre una buena madre que habla con una voz suave y que es eternamente paciente, receptiva y amable. Cualquier mujer que demuestra impaciencia o que se enoja de repente, o que habla con una voz vigorosa, o que es introvertida e inalcanzable, es considerada como que está mal mentalmente. La mujer que decide oponerse al obligatorio silencio femenino o a la mística convencional de la maternidad, corre el riesgo de ser etiquetada como una mala madre, lo peor que una mujer puede ser y, como consecuencia, muchas mujeres luchan por controlar sus impulsos de expresar emociones y sentimientos negativos. La realidad le exige a la mujer que sea multifacética y que pueda manejar diferentes roles de manera competente y con una enorme gracia, sin demostrar cansancio o enojo para no decepcionar a nadie (4).

La característica multifacética de las mujeres puede resultar también un recurso interesante. Varias investigaciones demuestran que las mujeres que tienen múltiples roles en su vida son más felices, tienen una mayor auto-estima y trabajan con una mayor satisfacción que aquellas que tienen menos roles (Baruch, Barnett & Rivers<sup>147</sup>, 1983; Miller, Moen, & Dempster-McClain<sup>148</sup>, 1991; Pietromonaco, Manis, & Frohart-Lane<sup>149</sup>, 1986). Sin embargo, muchas de las sociedades contemporáneas hacen poco para facilitar la combinación de los roles femeninos de madre trabajadora. Los conflictos entre los diferentes roles pueden ser muy fuertes, ya que la mujer frecuentemente se siente obligada a alcanzar la perfección en todos ellos. Addlerholdt y Goldberg<sup>150</sup> (1999) mencionan en su investigación que las mujeres pueden extender su perfeccionismo a todos los rincones de su vida, sea personal o laboral, de tal forma que ellas se esfuerzan más allá de sus límites naturales para hacer todo a la vez y para hacerlo de manera impecable. Según G.L. Flett y P.L. Hewitt<sup>151</sup> (1990), las mujeres sufren de un perfeccionismo socialmente prescrito que las conduce a creer de manera irreal, que el contexto tiene expectativas altísimas acerca de su desempeño. Según B. L. Fredrickson y T-A. Roberts<sup>152</sup> (1997) y T-A. Roberts y D. L. Waters<sup>153</sup> (2004), las mujeres tienen tendencia a la auto-objetivación, a la observación y evaluación de su actuación desde la óptica de los demás. Esta tendencia de huir del ‘cuerpo material’ puede ser la causa de un mayor grado de autocrítica en las mujeres, ya que evalúan sus acciones desde el punto de vista de los demás. Los investigadores han demostrado que esta conducta típicamente femenina es uno de los generadores de sentimientos de vergüenza, disgusto y ansiedad (en Chrisler 4- 6). Los estándares demasiado altos adoptados por las mujeres se pueden convertir en un medio de autocensura, que les impide luchar por destacar en terrenos masculinos en los cuales es necesario demostrar actitudes poco ‘femeninas’. Cuando no se atreven a competir con los hombres a través de las mismas conductas para lograr un éxito, las

mujeres pueden sentir que son inferiores y no suficientemente capaces profesionalmente o intelectualmente. Al entrar en competencia con colegas hombres, la mujer frecuentemente se compara con los héroes masculinos más competentes y conocidos de la disciplina, y se siente inferior. Es difícil para ellas visualizar la realidad global de una disciplina y descubrir nuevos nichos de oportunidad que pueden ser alternativas de éxito fuera del estándar convencional. Como menciona Chrisler, las mujeres son realizadoras consumadas de tareas paralelas múltiples, que les pueden brindar la oportunidad de deslizarse de manera natural dentro del contexto profesional. Las investigaciones de L. Sánchez y C.S. Hall<sup>154</sup> (1999) demuestran además que las mujeres pasan más tiempo dedicándose a este tipo de actividades múltiples (6). Esta capacidad desarrollada de realizar tareas múltiples y simultáneas puede ofrecer para las mujeres una nueva alternativa de acción en un mundo globalizado, donde las exigencias de realizar este tipo de trabajos es cada vez mayor.

Los estereotipos de género se han encargado de dejar en claro quién tiene poder y quién no lo tiene. Las mujeres han sido tradicionalmente vistas como débiles y dependientes, mientras los hombres han sido considerados fuertes, dominantes, capaces y líderes natos, quienes no pueden fácilmente ser influenciados desde afuera. Es importante descartar estas posturas dicotómicas, ya que el concepto de poder es en realidad también multidimensional y divergente de la misma manera que el concepto del género. Los psicólogos sociales como S.T. Fiske y J. Berdahl<sup>155</sup> (2007) y C.W. Sherif<sup>156</sup> (1982) definen el poder como la habilidad de tener influencia en la vida de otros y de controlar recursos, instituciones e insumos (6). E.P. Hollander y C.R. Offermark<sup>157</sup> (1990) han definido diferentes tipos de poder: la habilidad de dominar a los demás, de dominarse a sí mismo y de resistir las demandas de los demás. S.A. Goodwin y S.T. Fiske<sup>158</sup> (2001) han observado que las mujeres participan generalmente menos en todas estas categorías de poder. Sin



embargo, las categorías mencionadas describen una sola dimensión del poder: al poder directo ejercido desde el exterior hacia el individuo. Investigadores como L.L. Carli<sup>159</sup> (1999) mencionan que la mujer probablemente ejerce un poder indirecto (7). Este tipo de poder implica una influencia sutil desde el interior del individuo hacia los demás que puede manifestarse en las anteriormente mencionadas ‘acciones capilares de poder’ (Cap. IV 145, 146). El contexto generalmente percibe la fuente del poder directo con claridad, mientras la persona que ejerce poder indirecto puede quedar oculta, inclusive por su propia conveniencia. En los contextos profesionales la mujer no es fácilmente percibida como la poseedora del poder directo y como consecuencia, no es tratada con el respeto reservado para los poderosos. Estas situaciones pueden disminuir su confianza en su capacidad de influir en las conductas o decisiones de otros. Además, cuando las personas dudan de su capacidad y fuerza de regular su propio comportamiento, situación común en mujeres, ellas muy probablemente no harán el intento de influir en los demás, o lo harán con muy poco ímpetu. Si sus experiencias de regular el comportamiento y las acciones propias o ajenas son negativas desde el inicio, ellas tienen la tendencia de adoptar actitudes y pensamientos derrotistas, además de deprimirse con mucha facilidad ante el menor error y fracaso. Como menciona A. Bandura<sup>160</sup> (1997), este tipo de patrones reactivos ante los fracasos están estrictamente relacionados con el rol de socialización femenina y afecta seriamente la eficacia de las mujeres. Una consecuencia de lo anterior es la bien conocida ‘modestia femenina’, estudiada por E. Lenney<sup>161</sup> (1977), R.B. Cialdini, W. Wosinka, A.J. Dabul, R. Whetstone-Dion y I. Heszen<sup>162</sup> (1998) y por L. Heatherinton et. al<sup>163</sup> (1993), que conduce a las mujeres a depender de una aprobación masculina para tener suficiente valor para demostrar sus talentos y habilidades (7). Puede ser que este tipo de conductas han estado presentes en los casos de matrimonios de arquitectos, que mencioné en la primera parte de

esta tesis y en los cuales la mujer no logra la misma visibilidad ante el público que su esposo, ya que el hombre suele ser el vocero de los proyectos de las parejas, aunque muchas veces la fuerza creativa es la mujer (Cap. IV 139- 141). Pudieramos interpretar que la mujer tiene poca confianza en su talento y en su capacidad, por lo cual le resulta confortable tener el respaldo de un colega hombre, que también ofrece un escudo ante posibles críticas externas que pudieran afectar la autoestima de la mujer arquitecta. En los casos presentados en la primera parte de este trabajo, estar en la sombra del gran maestro no únicamente ha ocultado a la mujer, sino también la puede haber protegido de las presiones del contexto social y cultural (Cap.III 118- 133)<sup>164</sup>.

El ciclo corporal de la mujer la obliga a pasar por muchas etapas y transformaciones constantes. Las realidades impuestas por la reproducción al cuerpo de la mujer, la menstruación, la procreación y la lactancia, han sido la fuente de la idea tradicional del cuerpo femenino como algo peligrosamente volátil y como tal siempre fuera de control. Jane Ussher<sup>165</sup> (2006) dice que, la mujer que falla en controlar su cuerpo, que falla en demostrar una feminidad encerrada dentro de estrictos límites de cada estación del ciclo reproductivo, está en peligro de ser catalogada como loca y como tal, sujeta a la disciplina y castigo disfrazados de tratamientos y rehabilitaciones para esconder su intención regulatoria (Chrisler 3). Investigadores feministas como J. C. Chrisler y P.J. Caplan<sup>166</sup> (2002), L. Crosgrave y B. Riddle<sup>167</sup> (2003) y S. Laws<sup>168</sup> (1983) han explorado la manera en que las mujeres frecuentemente culpan a sus hormonas de sus reacciones y conductas negativas; las hormonas se han convertido en un escape que les permite expresar pensamientos y sentimientos que no son aceptados por la norma social. S. Laws (1983) y J.M. Ussher<sup>169</sup> (2004) señalan que adjudicar los aspectos no-femeninos del 'yo' al funcionamiento hormonal, permite a las mujeres defender su auto-definición de buenas mujeres, esposas y madres (8). Esta doble personalidad de Dr. Jekyll- Mr. Hyde puede ser entendida como

un modelo de resistencia y de adaptación ante las normas sociales rígidas. Sería importante liberar a la mujer de la camisa de fuerza de estas normas y convertir las reacciones negativas como parte natural de la dimensión femenina del ser. Sin embargo, se puede necesitar un esfuerzo consciente de muchos años para vencer los modelos sociales y culturales comúnmente aceptados de la conducta femenina adecuada. Sería lamentable tener que negar nuestros éxitos como mujeres por aceptar que son productos de una inaceptable pérdida de auto-control, así que debemos rechazar las imágenes sexistas de la cultura popular que señalan a las mujeres como individuos fuera de control y a los cuerpos y deseos femeninos como vergonzosos (Chrisler 9). Las hormonas y los ciclos femeninos se podrían convertir en un territorio de mayor sensibilidad hacia otras dimensiones de la vida e inclusive en un poderoso detonador de creatividad para la solución de escenarios contemporáneos para la vida cotidiana.

### **La mujer, la profesión y el miedo al éxito**

En nuestras sociedades occidentales orientadas hacia el aprecio del éxito personal, la anticipación del éxito, especialmente en situaciones de competencia interpersonal, pueden ser consideradas una amenaza o una bendición; entre las mujeres, la anticipación del éxito es siempre una amenaza a la feminidad y a la aceptación social. El éxito femenino puede resultar una causa de rechazo y así un golpe severo a la autoestima. Para aparecer o sentirse femeninas, las mujeres suelen ocultar sus habilidades y se retiran a la periferia del *mainstream* del pensamiento teórico, del activismo o de cualquier posición visible de la sociedad. Esto tiene un alto precio para el individuo por sus consecuencias emocionales negativas y, para la sociedad por la pérdida de recursos humanos, intelectuales y económicos valiosos (Paludi 228).

Como ya mencioné anteriormente en este mismo capítulo, las niñas son inicialmente criadas en un mundo femenino, en el cual la madre es aparentemente la figura más poderosa e influyente. Así parecería ser deseable adquirir una identidad femenina. Sin embargo, el mundo exterior les enseña muy rápidamente, que los valores masculinos son importantes y que los hombres que dominan estos valores, dominan también el mundo y sus recursos (Chodorow 41). Siguiendo a Chodorow, la subordinación de la mujer y la devaluación de las cualidades femeninas las obliga adoptar modelos masculinos de conducta para lograr éxito; las conductas ‘masculinas’ antes mencionadas son un disfraz de una ‘masculinidad’ fingida, que refuerza aún más la idea de las cualidades masculinas como superiores (43).

En la adolescencia, el contexto empieza a cuestionar cualquier aspiración de corte masculino de las niñas, y se ve con sospecha los intentos de ellas de dedicarse alguna labor típicamente de hombres o la búsqueda de éxito personal dentro de la esfera pública. Para la sociedad este tipo de aspiraciones disminuyen la feminidad y la atracción, ya que ellas deberían adoptar un papel pasivo y dócil, interesarse en su apariencia física y cultivar sus habilidades de encantar a los hombres. En el contexto educativo, ellas empiezan a vivir una doble vida, ya que por un lado deben tener éxito en sus estudios, pero también son estigmatizadas y reprobadas si el éxito logrado es demasiado reluciente. Si ella no es exitosa en sus estudios, no es una buena ciudadana; si ella es exitosa, fracasa como mujer. Margaret Mead<sup>170</sup> sintetiza la situación de las mujeres de la siguiente manera (43, 44): “*We end up with the contradictory picture of a society that appears to throw its doors wide open to women, but translates her every step toward success as having been damaging-to her own chances of marriage, and to the men she passes on the road*” (44).

Así, el desarrollo de las niñas y las mujeres jóvenes en las sociedades tardomodernas es complejo. Por un lado, la escuela las prepara para la vida en una sociedad tecnológicamente y socialmente compleja y por el otro, la educación es en el fondo una simple pseudo-preparación, que no debe interferir el entrenamiento mucho más importante en el proceso de ser ‘mujer’, esposa y madre (35, 36, 40). Desde la edad escolar hasta los estudios superiores, las niñas y las mujeres se enfrentan a diferentes estrategias para hacerlas sentir inferiores, tales como desalentar su participación en las discusiones en clase, impedir que tengan apoyo femenino fuera de las aulas, desalentando sus aspiraciones ocupacionales, corroyendo su autoconfianza, minimizando el reconocimiento de sus logros en el ambiente académico e interrumpiendo su discurso en clase. Como consecuencia de lo anterior, ellas suelen pensar que su presencia en los contextos académicos es más que nada periférica o hasta una intrusión, y que no debieran opinar ya que probablemente no tienen nada relevante que decir. Su capacidad de desarrollarse intelectual y profesionalmente es considerada más limitada, por lo cual sus aspiraciones académicas o profesionales no pueden ser tomadas muy en serio (Paludi 231, 232). Las alumnas de Mills College por ejemplo, expresaron lo siguiente en la investigación hecha por Roberta M. Hall y Bernice R. Sandler<sup>171</sup> en 1982:

*What male students have to say or contribute is viewed as having more importance than what female students have to contribute in class [...] the refusal of professors to take you seriously; the sexual overtures and the like-you limp out doubting your own ability to do very much of anything [...] What I find damaging and disheartening are the underlying attitudes [...] the surprise I see when a woman does well in an exam- the condescending smile when she doesn't (232).*

En general, las mujeres sentían que los modelos masculinos de éxito correspondían muy poco a su manera de ver las cosas y a sus expectativas de vida. En las entrevistas acerca de los patrones femeninos de éxito, muchas mujeres expresaban que para ellas el éxito no únicamente se medía

en términos económicos, sino que la fuente de las mayores satisfacciones eran sentirse una persona honrada, ser respetada, cuidar a los demás, poder seguir desarrollándose y estudiar, contribuir al desarrollo de la comunidad y simplemente ser una persona decente (247, 248). Los anteriores son muy diferentes conceptos de éxito comparados con aquellos establecidos por nuestras sociedades tardomodernas. El comentario de una de las entrevistadas describe perfectamente la reacción de las mujeres ante un logro o éxito convencional, que parece dejar el alma vacía, como si nada importante hubiera pasado:

*I've never been afraid of my success, although I have succeeded at something and wondered if it was worth it. I can work toward a goal and achieve it and then it's done and I'm proud, but something is always missing. I guess I expect fireworks to go off. I like to succeed at something, but then, on the other hand, it seems like after it's done, it was no big deal after all (248).*

Matina Horner<sup>172</sup> (1968) introdujo a la psicología el término del 'motivo de evadir el éxito' (1968) para poder llenar un evidente vacío en el estudio de los constructos femeninos de éxito. Supuso que las situaciones en las cuales ellas tenían que demostrar sus capacidades y talentos no-domésticos en presencia de hombres que ocupaban un lugar importante en su vida, generaba en ellas el miedo al éxito. Lo que ellas aparentemente temían era el rechazo social por la pérdida de la feminidad (241, 242). Horner escribió lo siguiente:

*A bright woman is caught in a double bind. In testing and other achievement-orientated situations, she worries not only about failure but also about success. If she fails, she is not living up to her own standards of performance, if she succeeds, she is not living up to societal expectations about the female role (242).*

Horner observó también que las mujeres que sufrían del miedo al éxito, lograron mejores resultados cuando trabajaron solas y no en colaboración con un hombre. Como consecuencia de los resultados mencionados, Horner sugirió que el miedo al éxito era una de las razones importantes de que las mujeres interrumpieran sus estudios superiores o que se retiraran del mundo laboral. Además, las mujeres que demostraron altos grados de miedo al éxito, eran las

más susceptibles a abandonar carreras de corte masculino a favor de ocupaciones tradicionalmente más femeninas, o casarse y tener hijos y quedarse como amas de casa. Parece ser entonces, que los estereotipos masculinos perciben el éxito como algo deseable, mientras que los estereotipos femeninos lo ven como algo negativo y rechazable, ya que significa pérdida de feminidad<sup>173</sup> (242- 244).

Las psicólogas Nancy Betz y Louise Fitzgerald<sup>174</sup> (1987) consideran que la causa de los problemas que las mujeres enfrentan en contextos académicos y laborales, se deben a dos supuestos ampliamente aceptados; a la creencia de que las ocupaciones naturales de las mujeres tendrían que estar relacionadas con las responsabilidades domésticas o con el cuidado de los niños<sup>175</sup>. Con frecuencia estas ocupaciones relacionados con los tradicionales ‘intereses naturales de las mujeres’, generan poco estatus laboral y ofrecen pocas o ninguna oportunidad de superación o reconocimiento social; así, las mujeres ocupan trabajos pero no construyen carreras. Ellas son consideradas individualmente transitorias y colectivamente insignificantes por el tipo de trabajos que realizan. La segunda de las creencias acerca de la psicología vocacional de las mujeres tiene que ver con las teorías y modelos de los procesos de desarrollo profesional, considerados universalmente válidos. El modelo convencional de la evolución de la vida ocupacional consiste de las siguientes etapas: etapa de crecimiento (0- 14 años), la etapa de exploración (15- 24 años), la etapa de arraigo (25- 44 años), la etapa de permanencia (45- 64 años) y la etapa de declive (más de 65 años). Sin embargo estos modelos de ninguna manera responden a los patrones verdaderos de desarrollo de las mujeres, ya que es un error pensar que absolutamente todos los individuos pasan por las mismas etapas y por la misma trayectoria. Las teorías convencionales no toman en cuenta que las mujeres suelen tener hijos entre los 20 y los 35 años y de los cuales son responsables durante muchos años, por lo cual ellas se retrasan para

dedicarse de lleno a sus carreras. Por otro lado, muchas investigadoras como Paludi indican, que la edad más productiva y creativa de la mujer es el periodo después de la menopausia, cuando ya no tienen que preocuparse por los hijos, ni tienen tanta necesidad de ‘defender’ su feminidad ante la sociedad. Cuando los modelos convencionales señalan esta etapa de la vida como permanencia o declive en la profesión, las mujeres apenas están alcanzando su mejor nivel productivo; para las dinámicas de la sociedad tardomoderna ellas son consideradas ‘viejas’, mientras en realidad están en la edad del mejor potencial intelectual y productivo. Cuando las instituciones y sociedades tienen en mente únicamente un solo esquema ocupacional, uno de tiempo completo e ininterrumpido, bloquean la evolución de las carreras de las mujeres, desperdiciando un invaluable recurso humano (232- 235).

Según David McClelland<sup>176</sup> (1961) y John Atkinson<sup>177</sup> (1958), alcanzar el éxito en la sociedad tardomoderna significa competir en términos de los estándares de excelencia fundamentados en competir y hacer las cosas bien o mejor que los demás. McClelland y Atkinson han detectado sin embargo, que el éxito podría significar para las mujeres otra cosa que para los hombres. Sus recientes investigaciones han revelado que para las mujeres el éxito involucra un amplio abanico de dominios, poniendo en evidencia que algunas de las dimensiones del éxito femenino son, ser una buena pareja, compañera o colega, hecho que quizás podemos ver en tantas parejas de arquitectos en las cuales la mujer prefiere quedarse como una fuerza intelectual indispensable, a la sombra de hombre y aún así se siente satisfecha (Cap. III 118- 133; Cap. IV 139, 140). Esto ha sido tradicionalmente interpretado como una necesidad de afiliación personal o inclusive una necesidad de depender, pero no como una vertiente diferente de éxito. Lipman-Blumen, Handley-Isaksen y Leavitt<sup>178</sup> (1983) diferencian dos estilos de lograr el éxito, el estilo del ‘éxito directo’ de personas quienes se enfrentan a los retos de manera frontal. Los



‘estilos relacionales’ de éxito pertenecen al mundo de las personas que buscan logros compartidos con otros individuos, por ejemplo a través de la colaboración. Las mujeres son especialmente propensas a buscar este tipo de éxitos (237- 241), hecho que quizás explica la relativa invisibilidad de las arquitectas explicada en la primera parte de este trabajo (Cap. III 113- 133).

El temor de cometer un error puede resultar un obstáculo invencible para las mujeres, ya que buscan frecuentemente alcanzar una perfección impecable. Como ya mencioné anteriormente, ellas no olvidan fácilmente sus fracasos (Chrisler 6). Chrisler así como Susan Nolen-Hoeksema<sup>179</sup> (2003) confirman en sus investigaciones esta tendencia psicológica de la mujer de cultivar sentimientos negativos acerca de su desempeño en vez de tratar de revertir las condiciones adversas. Según ambas investigadoras, las mujeres suelen tener con mayor frecuencia este tipo de conductas, porque enfrentan en la vida diaria muchas más situaciones complejas y difíciles de superar; además de sus ocupaciones laborales, tienen una carga desproporcionada de responsabilidades relacionadas con el cuidado de la familia que significa un aumento en la cantidad de preocupaciones y estrés. Estas responsabilidades generan un peso permanente en la mente de la mujer, ya que ellas no pueden del todo controlar las fuentes de sus preocupaciones, ni tienen poder para efectuar cambios en estas responsabilidades familiares (Canetto 221, 222) y se genera un círculo vicioso que impide las iniciativas más atrevidas. De esta manera las experiencias negativas anteriores acerca del desempeño personal quedan como un lastre que eleva el nivel de los estándares personales, exigiendo un autocontrol y una autocensura estrictos. Como consecuencia, resulta más difícil atreverse a ser creativa, innovadora y expresar ideas propias; la innovación puede resultar una actividad temible, ya que representa un alto nivel de riesgo al fracaso. Para no tener más experiencias frustrantes, resulta más seguro

buscar campos de acción de poca competencia o aquellos donde no hay tanto peligro de exposición a la evaluación de desempeño a base de criterios convencionales y establecidos. La mujer orienta su quehacer profesional a nuevas áreas o a especialidades marginales<sup>180</sup> que no tienen esquemas establecidos con los que comparar su desempeño, o se oculta atrás de lo conocido, repitiendo lo existente; o se protege detrás de un colega hombre que le ofrece un escudo masculino contra críticas destructivas. Ann M. Gallagher y James C. Kaufmann<sup>181</sup> (2004) han estudiado la influencia de la ansiedad en la capacidad de razonamiento matemático-espacial en los hombres y las mujeres, para detectar diferencias de éxito en las pruebas de inteligencia de este tipo. Lo que los investigadores detectaron, coincide con las observaciones anteriores, ya que bajo condiciones de un muy alto nivel de ansiedad, las mujeres frecuentemente se refugian en estrategias tradicionales, que hace suponer que el menor desempeño de las mujeres se debe más bien al temor a tomar riesgos. Esta ansiedad puede ser interpretada como un reflejo de la inseguridad de las mujeres provocada por el miedo a cometer errores y afectar su intento de alcanzar un resultado perfecto. Gallagher y Kaufmann concluyen, que nuestras creencias acerca de nuestras capacidades pueden ser influenciadas por aspectos que nada tienen que ver con nuestro verdadero potencial intelectual. Lo verdaderamente perjudicial de estas creencias equivocadas es su impacto en la construcción de los planes de vida de los individuos (Linn, Kessel 323, 324). Quizás este miedo al éxito socialmente construido es una de las razones de la invisibilidad de las mujeres en la arquitectura; ellas no han tenido suficiente valor o consciencia para rebelarse ante los modelos canónicos del éxito profesional.

Nadie sabe si las causas de las diferencias entre los géneros en la percepción del espacio son biológicas o sociales. Sin embargo, la diferencia en la manera en que las mujeres y los hombres conceptualizan un espacio, parece surgir más bien de sus experiencias de vida y de sus

identidades sociales diferentes que, después plasman en sus proyectos arquitectónicos. En otras palabras, no existen lenguajes espaciales femeninos o masculinos innatos (Kanes Weissman 28, 29). La consecuencia de lo anterior es que no podemos clasificar ‘patrones’ espaciales o arquitectónicos que sean especialmente femeninos o masculinos. Henry Atherton Frost<sup>182</sup> cristalizó esta idea con mucha claridad ya en el año 1941:

*The woman architect is interested in housing rather than houses, in community centers for masses rather than neighborhood clubs for the elect, in regional planning more than in estate planning, in social aspects of the profession more than private commissions...her interest in her profession embraces its social and human implications (29).*

Las cosas no podrían ser dichas con mayor precisión. Para los hombres, como la define ya la teoría psicoanalítica, la individualidad, la auto-expresión y la no interferencia en los asuntos de los demás son esenciales para la integridad personal. Para las mujeres, motivadas por la creación y manutención de intensas relaciones interpersonales, la integridad depende de la cooperación y de la consideración de las necesidades y de las opiniones de los demás como fundamento de los juicios propios. De esta manera, la masculinidad es definida a través de la separación y la feminidad a través de la adhesión (29).

La posibilidad de participar en la vida ‘productiva’ es fuente de una identidad más independiente, de aumento de auto-estima, de una razón de ser, de una red de contactos sociales más amplia y de una gama más grande de áreas de interés. En el nivel profesional, los puestos que se caracterizan por ser de un mayor poder de control, de autonomía, de retos profesionales y de flexibilidad, son relacionados con conductas más positivas que aquellas ocupaciones que no cuentan con estas características; típicamente las primeras han sido ocupadas por hombres y las segundas por mujeres.

### El ‘*European gentleman*’ y los cuerpos femeninos en expansión

“*Biology is an historical discourse, not the body itself*” (MacDonald 200), escribe Donna Haraway<sup>183</sup> (1989) con mucha certeza. Lo ‘físico’ no es tan inocente y poco problemático en el desarrollo de modelos culturales, y lo corporal ha formado siempre una parte importante en las experiencias de las mujeres. Si colocamos lo biológico fuera del análisis cultural, reforzamos los límites convencionales impuestos por la ciencia y reforzamos la idea de lo ‘biológico’ como algo que simplemente existe, y es fijo y que no entra en dialéctica con lo social. Donna Haraway (1989) dice que “[...] *nature is only the raw material of culture appropriated, preserved, enslaved, exalted, or otherwise made flexible for disposal by culture in the logic of capitalistic colonialism*” (200, 201).

Los signos ‘hombre’ y ‘mujer’ son construcciones discursivas creadas por la cultura para diferenciar ciertas características anatómicas de otras y para ocultarlas atrás de disfraces de verdades naturales ahistóricas. Para Nelly Richard, el cuerpo es la fuente de un conocimiento directo e inmediato, desde la naturaleza y desde la vida. La lengua enfatiza la importancia del cuerpo de la madre como una experiencia de ‘cuerpo a cuerpo’ entre la madre y el hijo y como un depósito sensorial y afectivo de las experiencias femeninas. La defensa de esta corporalidad primaria como depósito arcaico de lo femenino proyecta un imaginario femenino del cuerpo. Se considera a conceptos como el orden, la razón, el signo y la ley como formas superiores y opuestas al desorden, al cuerpo, al rito y al símbolo. En realidad no deben ser considerados como sistemas que se oponen, sino como dos dimensiones que tienen zonas de contacto yuxtapuestas que generan complejas traslaciones y combinaciones de registros heterogéneos (Richard 486-490). También Shirley Ardener detecta una dependencia mutua entre la cultura y la naturaleza. La cultura tiende a buscar como transformar las realidades biológicas a categorías racionales que

puedan ser definidas por su relación y por su interacción con otras categorías de la sociedad. Cada cultura tiene sus propios criterios de entender la realidad, de tal manera que cada una de ellas hace su propia interpretación del cuerpo 'biológico' y de sus divisiones naturales. Podemos entonces concluir que la cultura y la biología son esferas que afectan mutuamente a la realidad, y que las propiedades biológicas de la mujer pueden ser utilizadas como 'marcas' para definir categorías sociales de una manera diferente a como sucede con los hombres. Hay que recordar también que los modelos utilizados para describir las sociedades tampoco son libres de la influencia de las tradiciones culturales y académicas de los investigadores (Ardener 1993: 1).

Judith Lorber y Lisa Jean Moore<sup>184</sup> (2006) señalan que el género transforma el cuerpo humano en un cuerpo social. Estos constructos sociales del cuerpo influyen en nuestra percepción de los cuerpos humanos idealizados que en la vida real pueden ser alcanzados únicamente por medios quirúrgicos, o de aquellos cuerpos sociales compartimentados, o cuerpos invisibles por su discapacidad o deformidad o inclusive, cuerpos politizados. Lorber y Moore coinciden con Ardener en que somos frecuentemente obligados a aceptar inequidades porque supuestamente son consecuencias de condiciones biológicas en vez de reconocer que se trata más bien de construcciones sociales de nuestras creencias. La cultura, los medios de comunicación, la religión y los gobiernos refuerzan estas explicaciones 'naturales' de la inequidad de género. Los constructos sociales generan prácticas que influyen en la educación y en la crianza de los niños, en la autoimagen de los individuos, en la conformidad social, y en las prácticas que impiden a las mujeres y a las niñas dedicarse a una gama más amplia de actividades de diferentes tipos. Como consecuencia, las autoras argumentan que las diferencias de habilidades, personalidades y tipos de cuerpo idealizados no son naturales, sino socialmente producidos para generar un orden social sexuado. Lorber y Moore argumentan que las sociedades conscientemente tienen activado el

proceso de moldear nuestros cuerpos y nuestra imagen, y sugieren que deberíamos utilizar nuestros cuerpos para rebelarnos ante este orden social, y celebrar y hacer naturales las diferencias (Lan Chiu 440, 441), además de explorar las diferentes oportunidades que esta ‘rebelión’ de los cuerpos podría ofrecernos.

Como ya mencioné en la primera parte de la tesis (Cap. I. 20- 21), la industrialización trajo consigo la idea de la colonización cultural, y el control y la dominación de la naturaleza, que principalmente debía servir como recurso para el desarrollo económico. No es entonces sorprendente que las metáforas relacionadas con la industrialización empezaran a ser utilizadas para conceptualizar a la mujer y a su cuerpo. Para E. Martin<sup>185</sup> (1987) los modelos del cuerpo femenino como ‘fábricas productivas’ utilizado en el discurso médico, es uno de los ejemplos. Como consecuencia de esta relación conceptual con la ‘máquina’ y con la ‘producción industrial’, el cuerpo femenino tenía que ser sometido a una mayor disciplina y control<sup>186</sup>. Como consecuencia surgió un sistema de micro-disciplina corporal que era diferente para los hombres y para las mujeres, y que posteriormente generó todo un sistema de experiencias corporales permitidas. Un ejemplo de esto es la creación de un sistema de medidas y tallas ideales para hombres y mujeres, así como las disciplinas de ejercicio y dietas confeccionadas para lograr mantenerse dentro de estos límites ideales del cuerpo humano (MacDonald 197- 199).

En la conceptualización de los espacios, en la edificación, el cuerpo masculino ha sido la medida aplicada en los cánones arquitectónicos. Las proporciones del cuerpo masculino no únicamente establecían las medidas ideales de los espacios desde el punto de vista antropométrico y ergonómico, sino también desde el punto de vista estético. Desde el modelo vitruviano, el ‘edificio perfecto’ era equivalente a un cuerpo masculino ‘bien formado’. Desde el inicio de los tratados arquitectónicos, el hombre era la imagen de la perfección, sugiriendo

directamente que el cuerpo femenino era símbolo de la imperfección. Como argumenta Diana Agrest<sup>187</sup>, este constructo de la imperfección del cuerpo femenino se ha mantenido como uno de los fundamentos inconscientes de la arquitectura Occidental. La inexistencia de una estadística completa de medidas corporales de la mujer para la arquitectura está relacionada con la consideración de que el cuerpo femenino no es apropiado como medida espacial. La falta de información se debió por mucho tiempo a que los estudiosos consideraban el cuerpo de la mujer como un objeto demasiado delicado para ser estudiado o uno de poca importancia (Hosey 101-103). Cuando pensamos cuantos problemas de dolor de la espalda se podrían haber evitado por haber considerado que pueden ser la consecuencia de que los espacios que las mujeres con mayor frecuencia utilizan para realizar las tareas domésticas, así como su mobiliario y equipos, son hechos a base de las medidas universales basadas en el cuerpo del hombre blanco anglosajón y no en las medidas del cuerpo de la mujer.

Mucho del discurso canónico de la Arquitectura Moderna revela el énfasis en una armonía sagrada y en la eficiencia mecánica. En el marco del Estilo Internacional, en el año 1932, Henry Russel-Hitchcock y Philip Johnson declararon que las mejores obras modernas favorecían a una armonía estética a base de un sistema de proporciones que unía todos los elementos en un todo visual, no en un todo ergonómico. La opinión de Le Corbusier acerca del género del cuerpo ideal era también clara; para él ‘el hombre es la medida’ de todo, literalmente. Escribe, por ejemplo, que el hombre impone la escala de la arquitectura a través de sus medidas de tal forma que esta resulte confortable<sup>188</sup>. El paradigma clásico es claro: el hombre es la base de las medidas, el hombre representa al individuo universal y como consecuencia de la aplicación de las proporciones y medidas de su cuerpo, los edificios son armoniosos (103). Allan Swedlund y Jacqueline Urla<sup>189</sup> escriben: “[...]relied upon ideas of a single, generic human body to generate

*hypocritical fictions of unity, identity and authenticity [...] [T]he ideal human body has been cast implicitly in the image of the robust, European, heterosexual gentleman”* (103). La armonía y el confort resultaban ser conceptos de un canon visual, con fundamentos raciales, étnicos y de género.

Los hombres han sido los creadores y los sujetos del discurso arquitectónico, dejando a las mujeres fuera del lenguaje canónico de la arquitectura Occidental. Los ‘edificios perfectos’ siguen siendo diseñados a base de la estética del cuerpo masculino, ya que el cuerpo femenino no ha servido como modelo nunca y así, siempre ha sido irrelevante para los verdaderos estándares canónicos de la edificación. En arquitectura, la mujer se ha convertido en un intersticio; algo conceptualmente invisible, pero aún así físicamente presente. En palabras de Le Corbusier, la línea perpendicular y las formas cuadradas son la base de una ‘objetividad fuerte de formas’, símbolos de una ‘arquitectura masculina’ (105, 106), así que los paradigmas de la arquitectura moderna o postmoderna parecen no poder establecer un diálogo ni con el espíritu, ni con el cuerpo femenino.

Entonces, ¿cómo debemos entender el cuerpo? ¿Cómo simples órganos de nuestra mortalidad? Hablando del cuerpo es común adoptar la idea foucaultiana de la penetrante mirada médica que lo ha hecho accesible al escrutinio científico y que ha fundamentado numerosas construcciones históricas en él. Como consecuencia, el cuerpo es conceptualizado como una entidad no autosuficiente y no perdurable, dependiente de su entorno inmediato a punto de ser el producto de este. La mortalidad del cuerpo es temible, ya que el tiempo mismo se penetra en él y lo hace vulnerable ante los poderes destructivos de la temporalidad. Según Lacan, el cuerpo entra en contacto con el mundo a través de un ‘número de bocas en [su] superficie’, lo que lo hace palpablemente extensible. Por esta capacidad del cuerpo a extenderse, el sujeto puede soñar con



un ‘contacto total, completo, epidérmico’ entre su cuerpo y el mundo; las ‘bocas de la superficie’ de la epidermis besan y succionan el mundo exterior con sensualidad (Copjek, 80- 83).

Especialmente el cuerpo de la mujer, que desde su carácter del cuerpo de la madre, tiene límites difusos y encuentra continuidad en las demás personas y en los espacios que la rodean; en pocas palabras, es algo muy diferente que el cuerpo instrumentalizado de la modernidad. El cuerpo de la mujer se expande y absorbe lo que la rodea o se retrae y se oculta ante las amenazas, sin ser estable nunca. El espacio que surge del cuerpo de la mujer es un espacio que vibra con la vida y le sugiere nuevas dimensiones; no se conforma con la vida mecanizada de la maquinaria espacial racional. Deleuze opinó que el cuerpo es más que nada un testigo que es afectado. El cuerpo y la mente están conectados, pero no amarrados completamente, de tal forma que cada uno puede seguir su desarrollo en una dirección diferente. La mente es el testigo del cuerpo, necesita del cuerpo, mientras el cuerpo no necesita de la mente (Hemmings 223). En la mujer, el cuerpo y la mente pueden llevar una relación violenta, donde la mente no logra controlar al cuerpo; el cuerpo se rebela ante la mente.

Como contrapostura al canon, las arquitectas feministas españolas han propuesto, que el cuerpo debe ser considerado como un espacio en movimiento expansivo y el inicio de una aventura de vivir, y no como un simple fuente de medidas regulatorias. Nuestro cuerpo es un cosmos dentro de un cosmos construido que lo debe envolver y que lo debe acompañar. Según María Zambrano, el hombre moderno ha resultado un ser idealista que vive en un mundo inventado, mientras que la mujer ha tenido que adecuarse a lo que hay; la mujer ha tenido que instalarse en un mundo de lo real, en el mundo de los vínculos (Campos), y es desde allí donde debe empezar a reconquistar al espacio, planteando nuevas dimensiones de lo construido, ubicadas en sus intersticios antes ignorados.

Identidad de mujer, contada diferente en las diversas épocas históricas, identidad que se desgrana en múltiples identidades. Tantas como mujeres que ocupan el mundo. Identidades aprehendidas, tomadas, cíclicamente: en la infancia, en la adolescencia, en la madurez, en la ancianidad.

Identidades y miradas que se giran y se encuentran en la imagen del espejo, pero sobre todo en la imagen de detrás del espejo, la más ladina, la más sabia. Identidades no buscadas sino encontradas, construidas y tomadas como niño en brazos. Identidades hechas en los encuentros, desencuentros, amores, olvidos, recuerdos como clavos ardientes, la locura acechante y el sin sentido que deja el cuerpo-alma anegado y herido. Más caminos, más latidos, más viajes a lo oscuro, más miradas al espejo, al tiempo y a la angustia, más amores y otra vez la vida que emerge y la identidad que se resignifica, y se traba, con otras identidades (Campos).

Las mujeres estamos inmersas en la amplitud de la vida misma, que nos sostiene, nos consume y alimenta nuestras siempre necesarias metamorfosis. En el lado invisible del cuerpo-alma de la mujer, sin manifestarse, está lo intuido y lo anticipado pero también las necesidades y los anhelos concretos, así como los deseos de la reconciliación del mundo (Campos).

### **La rebeldía de los cuerpos y las mentes femeninas**

El surgimiento de la duda acerca de la existencia de características psicológicas masculinas y femeninas innatas y de la personalidad fundamentada en la biología, ha generado la ruptura en las formas rígidas de entender a los géneros. Varias investigaciones interculturales han llegado a la conclusión de que no hay diferencias universales entre hombres y mujeres, sino éstas son productos del contexto social y cultural, inclusive en algunos casos, lo considerado masculino en una cultura, puede ser de carácter femenino en otra. Sin embargo es frecuente, que las culturas consideren que los ‘logros’ laborales, culturales o sociales son algo que las mujeres no pueden alcanzar por su perfil psicológico. En el contexto académico por ejemplo, mientras más elevado es el nivel, menos mujeres hay; la mayor escolaridad, seriedad, dificultad y capacidad intelectual

parecen seguir siendo calificativos de una dimensión masculina (Chodorow 26, 27). Paludi observa que frecuentemente los maestros perciben a las niñas y las mujeres como personas que necesitan ayuda en cuestiones básicas o apoyo académico remedial, mientras que los niños y hombres son percibidos como individuos cuyo desarrollo académico y profesional tiene que ser impulsado. La consecuencia automática es la diferencia en el nivel y en la profundidad de asesoría educativa; las mujeres reciben apoyos de nivel básico necesarios para sobrevivir, mientras los hombres son impulsados hacia la búsqueda del éxito (248-252). En ciertos contextos académicos predominantemente masculinos, las mujeres han encontrado ambientes poco alentadores. Margaret Itons-Petersen y Jill Crawford<sup>190</sup> han investigado la importancia del nombre del autor en la apreciación de un trabajo académico o artístico. Ellas notaron una clara tendencia de devaluar la calidad de obras que implican performatividad, tales como obras de artes plásticas, de arquitectura o de literatura, cuando el autor resultó ser una mujer (Paludi 157). Como ya mencioné en la primera parte de esta investigación (Cap. IV 159, 160), la existencia de tutores académicos mujeres conscientes de este desequilibrio son fundamentales para las alumnas, para reforzar su identificación con las diferentes áreas de estudio. La información obtenida de la conducta y de los éxitos logrados de las tutoras, así como sus actividades profesionales, son incentivos positivos y ejemplos a seguir (262-267). Podemos tener opiniones muy diferentes acerca de la obra de Zaha Hadid en la arquitectura, pero indudablemente ella ha significado mucho para la nueva generación de arquitectas que buscan ejemplos a seguir en la búsqueda de éxito en el escenario profesional.

Para la construcción de ‘logros femeninos’, es importante entender que para las mujeres los conceptos del ‘éxito’ y del ‘logro’ son imprecisos, flexibles y muchas veces difícilmente medibles, ya que involucran complejas relaciones interpersonales y afectivas. Hasta la palabra

afecto puede significar cosas diferentes para las mujeres que para los hombres; las descripciones de los hombres acerca de los afectos son en términos de la ‘agencia’, mientras que las de las mujeres son relacionadas con la ‘comunidad’ (Chodorow 56). Cuando las mujeres han tenido que competir con los hombres en sus trabajos, ellas han tenido que comprobar su competitividad a través de normas y estándares masculinos. Como ya observé anteriormente, para competir en este contexto las mujeres han tenido que ‘disfrazarse de hombres’ para lograr el tipo de éxito que la sociedad tardomoderna reconoce. Esta ‘mascarada’ femenina hecha para sobrevivir en el mundo de valores masculinos, sirve de pretexto a muchos para suponer que ya no es necesario preocuparse por los verdaderos pensamientos y sentimientos de ellas como mujeres; ellas ya ‘asumieron’ y ‘aceptaron’ las conductas dominantes (Blair 216).

¿Cómo aprovechar los afectos femeninos orientados hacia la ‘comunidad’, para vencer el siempre presente miedo al éxito? Chrisler sugiere empezar por los contextos educativos, sería indispensable generar redes de mujeres que ayudaran a superar el miedo femenino a la vergüenza y que impulsaría a las mujeres a experimentar y a valorar sus capacidades sin tener que someterse a criterios de evaluación convencionales y rígidos. La educación debería forjar una autoconfianza a través de redes de comprensión y de comunicación femeninas que permitieran que ellas salieran adelante con ideas nuevas y diferentes, inclusive con aquellas frecuentemente rechazadas como poco serias, relacionadas con la cultura espectacular de consumo y con la vida diaria. En el caso contrario, los mencionados procesos de auto-objetivación pueden dificultar la concentración de las mujeres en tareas intelectuales y alejarlas de sus sensaciones internas auténticas y así interferir negativamente en su habilidad racional. D. Cox et. al.<sup>191</sup> (2003) y S.A. Shields<sup>192</sup> (2005) señalan adicionalmente, el prejuicio común acerca del funcionamiento hormonal de la mujer como causa principal de la falta de control de las reacciones personales

negativas: ésta es la manera eficaz de deslegitimar las aspiraciones de ellas, silenciarlas y disminuir su poder de decisión (Chrisler 6-8).

M. Shildrick y J. Price<sup>193</sup> observan, que el ciclo corporal de la mujer la obliga a pasar por muchas etapas y transformaciones constantes. Las realidades impuestas al cuerpo de la mujer por la reproducción, han hecho del cuerpo femenino un ente peligrosamente volátil y como tal siempre impredecible. Jane Ussher<sup>194</sup> (2006) opina que la mujer que falla en demostrar una feminidad delimitada por estrictos límites aprobados por la sociedad, está sujeta a la disciplina y castigos regulatorios (Chrisler 3). Sin embargo, la ‘política del cuerpo’ del feminismo contemporáneo ha significado el desenmascaramiento de todo este tipo de control regulatorio del racionalismo moderno que ha tenido sometido al cuerpo de la mujer. Dentro de la ‘esfera de la política del cuerpo’, necesidades, intereses y deseos antes reprimidos y no articulados han encontrado una forma política y simbólica de expresión que aprovecha lenguajes, prácticas y modos culturales distintos. Lo importante es la experiencia personal de lo femenino, que la convierte en algo extremadamente amplio, diverso y complejo. La ‘política del cuerpo’ es la respuesta directa a la ideología racionalista y universalista del capitalismo industrial que ha despojado a la vida de toda connotación afectiva y simbólica, convirtiéndola en un simple proceso mecánico-productivo. Lo importante para la productividad industrial moderna era tratar de eliminar todos los demás gastos de energía corporal, tales como experiencias eróticas, estéticas y religiosas, señalándolos como improductivos. El resultado fue la sobrevalorización de un cuerpo instrumentalizado y el desprecio por un cuerpo erógeno de formaciones simbólicas y de experiencias afectivas. El cuerpo fue colocado bajo el dominio de lo económico (Eagleton 134-136). Pero, los intersticios entre lo teórico y lo práctico, la revalorización de la experiencia,

y el descubrimiento del cuerpo como centro de un mundo vivencial, abre nuevas perspectivas especialmente para las mujeres.

Las mujeres tenemos otras maneras de hacer las cosas y ya no podemos permanecer mudas ni ser medidas con los mismos criterios universales de siempre. Visto desde esta óptica, la arquitectura también debe ser definida y estudiada con criterios renovados, cuestionando la validez del canon del *establishment*. Los espacios ocupados por lo insignificante y por lo cotidiano, así como lo suburbano y lo periférico, deben ser redescubiertos como áreas de nuevas posibilidades de mejorar la vida y albergar una renovada agencia humana. Hay que revisar con nuevos ojos los espacios domésticos, la expansión de lo privado al espacio público y los intersticios espaciales de las ciudades como detonadores culturales y sociales.

